

El Waghhh de Ozcuro

El gran ejército de orcos avanzaba hacia Middheim. Las nubes de polvo que levantaban oscurecían el cielo. Arrastrados por decenas de trolls, las poderosas imágenes de Gorko y Morko avanzaba tras Grimgor, el caudillo del vasto ejército.

Ozcuro contempló todo eso desde la lejanía... ¡Azi ke eze ez el plan de Grimgor! ¡Zi él puede, yo también! Con entusiasmo montó en su jabato, y se dirigió rápidamente hacia la aldea de la peña que gobernaba con puño de hierro.

Cuando llegó, llamó a todos los pielez verdez del campamento:

- ¡Ezkuchad, azkerozos! Voy a reunid un poderozo ejérxito con el ke conquistar to'1 mundo. Ke todoz loz orcoz ze preparen pa'la guerra.

Zombrio, su segundo, se acercó a él.

- ¿Todoz loz orcoz? ¿No todoz zolamente?

- No, zolo orcoz. Los pekeñajoz ze kedan. Zolo orcoz zin goblinz ni mázpekeñozkegoblinzkomozellamen.

- Pero... entonces ke hazen loz goblinz...

- Un kareto. Un kareto de Gorko. Ponloz a trabajar. Y ke eze holgazán de Unwagh venga a bendecir el trabajo. Yo voy a ver a loz chicoz montadoz.

Unwagh descansaba... esto, meditaba a la sombra de un árbol. Tenía un sueño... esto, una visión muy extraña. Soñaba que iba en una gran peña de orcoz que arrastraba un gran peñasco de piedra. El peñasco tenía una vaga forma orcoide, y Ozcuro, el jefe, decía que era clavadito a Gorko. Y en ese momento todo empezó a agitarse.

- ¡Dezpierta, holgazán! - Zombrio agitaba fuertemente al chamán para despertarlo.

- ¿Pero ke paza? Dijo Unwagh. Su naturaleza orca le incitaba a golpear al que le despertaba, pero un vistazo al gran orco negro que tenía delante era suficiente para calmar sus ánimos.

- Ozcuro quiere ke bendigas un kareto.

- ¿Un kareto? ¿De quien?

- De Gorko

Un estremecimiento sacudió a Unwagh. Esta historia no le convencía, y sospechaba que le iba a costar algo. De momento ya le había costado una buena siesta... esto, meditación.

Ozcuro llegó a los establos del campamento. Allí, un montón de orcoz reían mientras miraban como unos goblinz intentaban ensillar un jabato recién capturado.

-¡Chicoz! A formar, oz kiero ver a todoz montadoz en jabatoz ya.

Como una sola peña, los orcos corrieron hacia los jabatos. Tras una buena pelea para decidir en cual montaba cada uno, un puñado de orcos se presentaron ante el jefe.

Un gran grupo de goblins montados en lobos gigantes los rodeaban. Ozcuro los miro achicando los ojos.

- ¡Vozotroz! He dicho zolo orcoz.

- Pero zeñor... - empezó a decir el caudillo goblin.

- ¡He dicho zolo...! – empezó a decir Ozcuro mientras sacaba su gran rebanadora... pero interrumpió el movimiento, porque “misteriosamente” todos los goblins habían desaparecido.

Una vez solo con sus orcos, contemplo que realmente eran pocos en número. Si querían ser temibles, necesitaba más orcos en jabato.

- ¡Bien! zalid al campo y capturad muchos jabatoz kon vueztraz propiaz manoz

Los orcos corrieron a cumplir las órdenes.

Bien, pensó Ozcuro frotándose las manos. Kon ezo, y los Karroz Orcoz ke tenemos, va bien la coza. Voy a reklutar unoz lanzapinchoz.

Ozcuro se acercó a lo zona donde guardaban las maquinas de guerra. Allí había orcos y goblins zanganeando.

- ¡Vozotroz! - Dijo señalando a unos orcos que allí habían. – Traer ezoz lanzapinchoz a la zona de praztikas y veamoz de ke soiz capazes. Zolo orcoz.-

Un rato después, Ozcuro vio como llegaban a la zona de prácticas algunos orcos... seguidos de goblins que llevaban los lanzapinchoz.

- ¡He dicho zolo orcoz!

- ¿Pero jefe, entonzes komo dizparamoz? - Dijo un orco

- Pero... ¿Cuánto tiempo llevaz kon los lanzavirotez?

- Mucho, jefe.

- ¿Y no zabez komo ze dizpara?

- ¡Zi, jefe!

- ¿Cómo ze haze?

- ¡Puez lez digo a loz goblinz ke dizparen!

Ozcuro se frotó la cara con la mano. E invocó a toda la paciencia que puede tener un orco... que no es mucha.

- Bueno, vale, ke vengan ezoz goblinz, pero ninguno más.

Zombrio llevó a Unwagh hasta la zona donde los goblins estaban tallando la efigie de Gorko. Cientos de goblins se afanaban trabajando en un enorme peñasco con herramientas diversas.

Unwagh levantó la vista hacia la imponente mole que debía bendecir, y empezó a buscar un lugar por donde se pudiera subir.

Ozcuro contempló con agrado el gran número de orcos montados en furiosos jabalís que se encontraban frente a él. Como un orgulloso general, pasó revista a sus tropas. Se detuvo enfrente de un orco montado en un jabalí particularmente grande.

- ¡Muy bien, muchacho! Dime ¿Cómo haz conzeguido tan zoerbio jabato?
- ¡Fazil, jefe, le dije a loz goblin ke me trajeran uno!

Ozcuro se llevó una vez más las manos al rostro. Se le habían quitado las ganas de preguntar más. Con un gesto cansado, ordenó a las tropas que se congregaran en la explanaba donde se hallaba el kareto ya terminado.

Unwagh contemplo las tropas reunidas desde lo alto del kareto, la verdad, los goblins habían trabajado rápido pero bien. Bueno, se había dejado ese gran trozo de roca ahí abandonado. Bueno, él mismo, con la ayuda de su cayado, tiraría ese trozo que afeaba la estatua.

Ozcuro llegó al pie del kareto. Dejó su jabato al cuidado de zombrio, que también montaba un poderoso puerco, y se dirigió a sus tropas.

- ¡Orcoz! Zoiz mi ejérxito y zoiz poderozoz. Con vozotroz aplaztare a todoz. Ahora, juntaros pa' formar unidades kon vuestros amigoz-

Ante sus ojos, en la llanura cientos de unidades formaron bajo su mandato... cientos de unidades de un solo orco.

Ozcuro cerró los ojos. – Eztá bien, formad unidades kon aquellos kon loz ke no oz pegariaiz-

Cientos de orcos se miraron con desconfianza, mientras el silencio y la quietud se apoderaban de la llanura.

Ozcuro se frotó otra vez la cara. – Vale, vozotroz juntoz. Y vozotroz en otra. Y loz de allí...

Un silbido se oyó detrás suya, seguido del ruido de un poderoso impacto. Ozcuro se volvió a tiempo de ver como una gran roca había caído sobre Zombrio y su montura. Hmmm, no le sonaba haber visto ningún lanzapiedroz...

Unwagh se asomó discretamente una vez más al borde y confirmó su opinión... si, la roca había caído... pero sobre Zombrio, lo que no era bueno. Y más cuando parece que la roca empezaba a moverse. Buscando un lugar apartado de la vista, empezó a descender.

Zombrio terminó de mover la piedra que se había desplomado sobre él. Tanto su montura como la de Ozcuro ahora era un revoltijo de carne y sangre. Sacudiéndose el polvo, avanzó hacia donde estaba Ozcuro, que le observaba con recelo.

- ¿Por qué no te ha aplazado el piedroz? – dijo Ozcuro.

Zombrio sacó de entre sus ropajes un trasto brillante. Ningún arañazo alteraba su delicado aspecto.

- Por ezte cacharro, que me protege.

Ozcuro se sobó la gastada diadema que llevaba. Era del antiguo jefe, y algunas veces mataba enemigos a distancia... pero en ese momento no le pareció gran cosa.

- ¡Dámela! –dijo arrancándosela de las manos.

- ¿Por qué? – dijo Zombrio.

- Porque'l mejor kachivache ez pa'l ke manda. Ezte aro pegapiños pa'ti. Y conzigue otroz jabatoz pa'montar.

- Pero el piedroz del kareto ha chafado loz nueztroz... ezo significa ke kiere ke vayamoz a pie... Preguntémole a Unwagh ke por ahí viene...

Unwagh aparecía rodeando el kareto, disimulando. Su verde cara se puso lívida cuando Ozcuro le llamó.

- Ven- dijo Ozcuro. – Zi el kareto mata a nueztroz monturaz... ¿debemos ir andado?

- Ehmmm... Zi, klaro-

- Vale, puez tú también andaz.

- Pero... ehm... uhmm- Unwagh miro la cara de Ozcuro frente a él. El rostro del gigantesco orco negro parecía taparle cualquier otra visión – Zi, zeguro, zera un zakrificio ezcelente, jefe-

Bueno, por fin la horda estaba en pie de guerra. Largas sogas pendían del kareto, y numerosos troncos debajo aseguraban su desplazamiento. Ozcuro, hinchando el pecho, lanzó con voz tremendamente potente:

- ¡TIRAD!

Las cuerdas se tensaron, al mismo tiempo que las fuertes espadas de los orcos. Los jabatos, azuzados por sus dueños, tiraban de los arneses que les habían puesto, hollando la tierra con sus poderosas pezuñas... pero el Kareto no se movió ni siquiera un poco.

Ozcuro contempló malhumorado la inmensa escultura. ¿Dónde estaba el fallo? Pensativo, rodeo el kareto... y la furia le dio un color verde insano a su feroz rostro. Cientos de orcos tiraban del kareto hacia ese lado.

- ¡Pero ke hacéiz, banda de inzectoz!

Zombrio, que comandaba la retaguardia del ejército, le miro y cautelosamente, dijo:

- Jefe, ha dicho ke tirazemoz...

- ¡Idiotaz! ¡Zi digo ke tireiz, vozotroz empujaiz!

Ozcuro se volvió hacia la vanguardia, dejando un confuso Zombrio atrás. Volviendo a su lugar, volvió a gritar:

- ¡EN MARCHA!

Nadie se movió...

Unwagh le susurró algo al oído.

- Esto... ¡TIRAD! – gritó el jefe.

Y volvió la vista hacia el Kareto.

Lentamente, la gran piedra en que estaba tallado empezó a moverse. Nubes de polvo empezaron a formarse, y el ejército comenzó a avanzar.

-¡Zi ez ke ez klavadito a Gorko! – dijo sonriente Ozcuro.

A Unwagh le empezó a dar vueltas la cabeza... Uhhh, recordaba eso de antes.

Ozcuro contempló como el campamento quedaba atrás. Los goblins habían quedado allí. Incluso parecían algo satisfechos. Bueno, después de todo, no había quedado ningún orco para pegarles, esto, mandarles.

Por la mente de Ozcuro, un pensamiento se abrió paso. Es difícil para un pensamiento hacerse paso por la mente de un orco, pero este lo consiguió.

¿Quién había tallado el Kareto? Goblinz ¿Quién había capturado los jabatoz? Goblinz ¿Quién había conztruido los karros y lanzapinchoz? Goblinz ¿Quién disparaba loz lanzapinchoz? Goblinz ¿Y quien levantó el campamento? Goblinz Uhhh ¿tal vez era un error dejar atraz loz goblinz?

Una certeza se formó en su cabeza. El problema es que la certeza y el pensamiento juntos no cabían a la vez en el cráneo del orco, pero ahí estaba. Ozcuro levantó la voz y dijo:

-¡Zi Grimgor puede, yo también!